

I. Espejismos

Llamadme, Ismael. Hace unos años, como tenía poco dinero y nada me interesaba en tierra firme, decidí que me iría a navegar para conocer el mundo acuático. Para mí, el mar es un remedio: cada vez que me siento triste, con el alma gris como un noviembre lluvioso o con ganas de pelear con la gente en la calle, entiendo que es hora de subirme a un barco lo antes posible. Es mi forma de evitar hacerme daño a mí mismo.

He notado que casi todo el mundo siente lo mismo por el océano. En la ciudad de Manhattan, miles de personas pasan horas en los muelles mirando el agua, soñando con el mar. Aunque trabajen toda la semana encerrados en oficinas, el fin de semana corren hacia la orilla. Existe una unión mágica entre pensar profundamente y el agua. Por eso decidí ir en una expedición para cazar ballenas, pues me fascinaba la idea de conocer a esos monstruos gigantes en mares lejanos.

II. El saco de marinero

Empaqué un par de camisas en mi viejo saco de viaje y partí hacia New Bedford un sábado de diciembre. Mi meta era llegar a la famosa isla de **Nantucket**, porque quería navegar en un barco que saliera de ese puerto histórico donde comenzó la caza de ballenas. Sin embargo, al llegar a New Bedford, supe que el pequeño barco que me llevaría a la isla ya se había ido y no habría otro hasta el lunes.

Me tocó pasar dos noches en la ciudad sin conocer a nadie y con muy pocas monedas en el bolsillo. Caminé por las calles oscuras, lúgubres y muy frías, buscando un sitio barato para dormir. Mis botas estaban muy viejas y rotas, y me dolían los pies al caminar sobre el hielo del suelo. Finalmente, encontré una posada que parecía económica cerca de los muelles.

III. La Posada del Chorro

La posada se llamaba "**El Chorro**" y su dueño era Peter Coffin (un nombre algo miedoso, porque *Coffin* significa ataúd). Era una casa vieja y descuadrada que parecía a punto de caerse. Al entrar, vi un cuadro muy oscuro y sucio que representaba un barco en medio de una tormenta y una ballena saltando sobre él.

Las paredes estaban llenas de arpones oxidados y lanzas de caníbales decoradas con pelo humano. El bar del lugar estaba hecho con una mandíbula gigante de ballena. Al pedir habitación, el dueño me dijo que estaba lleno, pero que podía compartir la cama con un arponero que estaba en la ciudad intentando vender una cabeza humana embalsamada de Nueva Zelanda.

IV. La colcha

Me acosté antes de que el arponero regresara. A medianoche, entró el arponero, llamado **Queequeg**. Al verlo a la luz de la vela, me asusté muchísimo: tenía la piel de color amarillo y morado, y estaba llena de tatuajes negros en forma de cuadrados. Al principio pensé que eran parches por heridas de guerra, pero luego entendí que eran tatuajes.

Lo vi sacar un ídolo de madera de su bolsillo, ponerlo en la chimenea y ofrecerle galletas quemadas mientras rezaba. Luego, apagó la luz y saltó a la cama conmigo con un hacha entre los dientes que también usaba para fumar. Grité del susto, pero el dueño entró y me explicó que Queequeg era un hombre bueno. Al final, me di cuenta de que era un compañero limpio y decente, y me dormí muy bien a su lado.

V. Desayuno

Al despertar, encontré el brazo tatuado de Queequeg sobre mí de forma muy cariñosa. Casi no podía distinguir su brazo de la colcha de retazos, pues los tatuajes parecían parte del diseño de la manta. Observé cómo se vestía: se puso su sombrero alto, luego se metió bajo la cama para ponerse las botas (un hábito muy extraño) y finalmente se afeitó usando la punta afilada de su arpón.

Bajamos a desayunar con muchos otros balleneros de barbas largas y piel quemada por el sol. Me sorprendió que, aunque eran hombres muy valientes que luchaban contra ballenas, en la mesa eran muy tímidos y no decían ni una palabra. Queequeg, en cambio, estaba muy tranquilo y usaba su arpón para pinchar trozos de carne ante la mirada asombrada de todos.

VI. La calle

Caminé por New Bedford y vi que es un lugar increíble. En las esquinas puedes encontrar caníbales reales charlando y jóvenes que vienen de las montañas para intentar ser marineros. Algunos de estos muchachos del campo hacen cosas cómicas, como ponerse ropa elegante con botones de colores que seguramente se les romperán en la primera tormenta.

Aunque la ciudad está en un terreno rocoso, está llena de mansiones lujosas y jardines hermosos. Todo ese dinero viene del mar: cada casa y cada jardín fueron pagados con el aceite de las ballenas que los marineros cazan arriesgando su vida. Se dice que allá los padres les regalan ballenas a sus hijas y que en todas las casas se queman velas de lujo hechas de ballena.

VII a IX. La capilla y el sermón

Entré en una capilla especial para marineros donde había mucho silencio. En las paredes había placas de mármol que recordaban a hombres que murieron en el mar y cuyos cuerpos nunca aparecieron. Leer eso me dio un poco de miedo sobre mi propio futuro. El **Padre Mapple**, un hombre que antes fue marinero, subió al púlpito por una escalera de cuerda que luego guardó, quedando aislado de la gente.

El púlpito tenía la forma de la proa de un barco. El Padre Mapple nos habló de Jonás, el profeta que trató de escaparse de Dios en un barco y terminó tragado por una ballena. Nos enseñó que siempre debemos hacer lo correcto aunque sea difícil y que debemos ser sinceros con nosotros mismos y con Dios. Su mensaje me llenó de valor para enfrentar lo que venía.

X a XII. Un amigo para siempre

Regresé a la posada y encontré a Queequeg solo, contando las páginas de un libro. Aunque tenía tatuajes extraños, sus ojos mostraban que era una persona honesta y valiente. Sentí que era un "salvaje" mucho más amable que mucha gente civilizada. Pronto nos volvimos grandes amigos, compartimos su pipa y me dio la mitad de su dinero.

Queequeg me contó que era hijo de un rey en una isla llamada **Rokovoko**. Se escapó de su casa subiéndose a un barco a escondidas porque quería conocer el mundo de los cristianos y aprender cosas útiles para su pueblo. Sin embargo, se dio cuenta de que muchos cristianos se portaban mal, así que decidió seguir siendo un ballenero. Decidimos que viajaríamos juntos a buscar un barco.

XIII y XIV. Camino a Nantucket

El lunes llevamos nuestras cosas en una carretilla hasta el barco que nos llevaría a Nantucket. La gente nos miraba raro porque éramos un blanco y un tatuado caminando muy unidos. En el viaje, un joven se burló de Queequeg, pero cuando ese joven cayó al mar por accidente durante una maniobra peligrosa, Queequeg saltó al agua helada y lo salvó. Desde ese día, lo admiré aún más.

Al llegar a Nantucket, vi que es una isla pequeña y arenosa en medio del océano. Es un lugar solitario pero muy importante, porque sus marineros son dueños de los mares. El hombre de Nantucket vive en el mar como si fuera su propia granja, arando las olas de un lado a otro y sintiéndose en casa lejos de la tierra firme.

XV y XVI. La elección del barco

Cenamos una sopa de pescado muy rica en la posada de Hosea Hussey. Allí todo tenía que ver con el mar: hasta el collar de la dueña estaba hecho de huesos de pescado. Al día siguiente, Queequeg me dijo que su pequeño ídolo **Yojo** le había pedido que yo eligiera solo el barco ballenero para los dos.

Fui al puerto y elegí el **Pequod**, un barco antiguo y decorado con huesos de ballena que se veía muy fuerte. Allí hablé con los capitanes Peleg y Bildad, dos señores mayores con mucha experiencia. Después de hacerme algunas preguntas, aceptaron darnos trabajo a Queequeg y a mí. ¡Estábamos listos para empezar nuestra gran aventura en el mar!